



Aristoteles
y
Dante
descubren
los
secretos
del
Universo



CROSS
BOOKS

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

Ganador del Premio Pen/Faulkner de Ficción

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

Aristóteles
y
Dante
descubren
los
secretos
del
UNIVERSO

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Aristotle and Dante Discover the Secrets of the Universe*
© Benjamin Alire Sáenz, 2012
Traducción: Sonia Verjovsky Paul
Publicado originalmente en 2012 por Simon & Schuster Books for Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division, New York, N.Y. Estados Unidos. Todos los derechos reservados.
Derechos mundiales exclusivos en español, publicados mediante acuerdo con Simon & Schuster Inc, New York, New York, Estados Unidos
© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.
Bajo el sello editorial PLANETA M. R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C. P. 11560, México, D. F.
www.planetadelibros.com.mx
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-20982-9
Depósito legal: B. 9.571-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Una noche de verano me quedé dormido con la esperanza de que el mundo sería otro cuando despertara. Por la mañana, cuando abrí los ojos, el mundo era el mismo. Me quité las sábanas de encima y me quedé acostado mientras el calor se filtraba por mi ventana abierta.

Mi mano alcanzó el dial de la radio. Tocaban *Alone*. Mierda; *Alone*; una canción de un grupo llamado Heart. No era mi canción favorita. No era mi banda favorita. No era mi tema favorito. *You don't know how long...*

Tenía quince años.

Estaba aburrido.

Me sentía fatal.

Si por mí fuera, el sol podría haberle derretido todo el azul al cielo. Así el cielo podría sentirse tan mal como yo.

El DJ estaba diciendo cosas aburridas y obvias como: «¡Ya es verano! ¡Qué calor hace fuera!». Y luego ponía esa grabación retro de *El Llanero Solitario*, algo que le gustaba poner todas las mañanas porque pensaba que era una manera genial de despertar al mundo. *Hi-Yo, Silver!* ¿Quién había contratado a este tipo? Me estaba matando. Creo que se suponía que mientras escuchábamos la «Obertura» de *Guillermo Tell*,

debíamos imaginar al Llanero Solitario y a Toro cabalgando por el desierto con sus caballos. Quizá alguien le debería de haber dicho al tipo que ya no teníamos diez años. *Hi-Yo, Silver!* Mierda. La voz del DJ estaba en el aire otra vez: «¡Despierta, El Paso! ¡Es lunes 15 de junio de 1987! ¡1987! ¿Lo pueden creer? ¡Y hoy mandamos muchas felicitaciones a Waylon Jennings, quien cumple cincuenta años!». ¿Waylon Jennings? ¡Era una estación de rock, hombre ya! Pero entonces dijo algo que sugería que quizá tuviese un cerebro. Contó la historia de cómo Waylon Jennings había sobrevivido al accidente de avión en el que habían muerto Buddy Holly y Richie Valens. Mientras decía eso, puso la versión de *La bamba* de Los Lobos.

La bamba. Con esa me las podía apañar.

Golpeé los pies descalzos contra el suelo de madera. Mientras seguía el ritmo con el movimiento de la cabeza, me empecé a preguntar qué había pasado por la mente de Richie Valens antes de que el avión se estrellara contra el despiadado suelo. «¡Oye, Buddy! Se acabó la música.»

Que la música se acabe tan pronto. Que la música se acabe tan pronto cuando apenas comenzó. Qué cosa tan triste.

Dos

Entré en la cocina. Mi madre preparaba el almuerzo para una reunión con sus amigas de la iglesia. Me serví un vaso de zumo de naranja.

Mi madre me sonrió.

—¿Vamos a dar los buenos días?

—Lo estoy pensando —dije.

—Bueno, por lo menos has logrado levantarte de la cama.

—Lo tuve que pensar un buen rato.

—¿Qué os pasa a los niños con el sueño?

—Nos llevamos bien. —Eso la hizo reír—. De todos modos, no estaba durmiendo. Estaba escuchando *La bamba*.

—Richie Valens —casi susurró—. Qué triste.

—Igual que tu Patsy Cline.

Asintió.

A veces la encontraba cantando *Crazy*, y sonreía. Y ella también sonreía. Era como si compartiéramos un secreto. Mi madre. Tenía una voz muy bonita.

—Los accidentes aéreos —murmuraba mi madre. Creo que hablaba más sola que conmigo.

—Richie Valens habrá muerto joven..., pero hizo algo. O sea, de verdad hizo algo. ¿Y yo? ¿Yo qué he hecho?

—Tienes tiempo —dijo—. Hay mucho tiempo.

La eterna optimista.

—Pero primero hay que volverse persona —añadí.

Me miró con extrañeza.

—Tengo quince años.

—Sé cuántos años tienes.

—Los quinceañeros no contamos como gente.

Mi madre se rio. Era profesora de secundaria. Yo sabía que estaba más o menos de acuerdo conmigo.

—Y ¿de qué se trata la gran reunión?

—Estamos reorganizando el banco de alimentos.

—¿Banco de alimentos?

—Todos debemos comer.

A mi madre le apasionaban los pobres. Lo había vivido. Sabía cosas sobre el hambre que yo nunca conocería.

—Sí —dije—. Supongo.

—Quizá nos puedas ayudar.

—Claro —contesté.

Odiaba que me ofrecieran de voluntario. El problema con mi vida era que se le había ocurrido a otra persona.

—¿Qué vas a hacer hoy? —parecía un desafío.

—No me voy a unir a una pandilla.

—No es gracioso.

—Soy mexicano. ¿No es lo que hacemos?

—No es gracioso.

—No es gracioso —repetí—. Vale, no es gracioso.

Me dieron ganas de salir de casa. Tampoco es que tuviera ningún lugar adonde ir.

Cuando mi madre invitaba a sus amigas de la iglesia, sentía como que me asfixiaba. No era solo que todas tuvieran más de cincuenta años; no se trataba de eso. Ni siquiera me molestaban demasiado los comentarios sobre cómo me estaba volviendo hombre frente a sus ojos. O sea, reconocía las tonterías cuando las escuchaba. Y estas eran de las buenas, inocuas, cariñosas. Podía tolerar que me agarraran por los

hombros y me dijeran: «Déjame verte. Déjame ver. *Ay, qué muchacho tan guapo. Te pareces a tu papá*».* No porque hubiera mucho que ver. Solo era yo. Y sí, sí me parecía a mi padre. No sentía que fuera algo tan grandioso.

Pero lo que de verdad me sacaba de quicio era que mi madre tenía más amigos que yo. ¿Hay algo más patético?

Decidí ir a nadar a la piscina de Memorial Park. Era una pequeña ocurrencia. Pero al menos era mía.

Cuando estaba saliendo por la puerta, mi madre cogió la toalla vieja que me había echado al hombro y la cambió por una mejor. En el mundo de mi madre había ciertas reglas relacionadas con las toallas que yo simplemente no entendía. Pero las normas no se quedaban ahí.

Miró mi camiseta.

Reconocía una mirada de desaprobación cuando la veía. Antes de que me obligara a cambiarme, le lancé una mirada de mi propia cosecha.

—Es mi camiseta favorita —le dije.

—¿No la usaste ayer?

—Sí —confirmé—. Es Carlos Santana.

—Sé quién es.

—Papá me la regaló para mi cumpleaños.

—Si mal no recuerdo, no parecías tan entusiasmado cuando abriste su regalo.

—Esperaba otra cosa.

—¿Como qué?

—No sé. Otra cosa. ¿Una camiseta para mi cumpleaños?

—Miré a mamá—. Supongo que simplemente no lo entiendo.

—No es tan complicado, Ari.

—No habla.

—A veces, cuando la gente habla, no siempre dice la verdad.

—Supongo —acepté—. En fin, ahora me encanta esta camiseta.

* En español en el original.

—Se nota. —Estaba sonriendo.

También yo estaba sonriendo.

—Papá la consiguió en su primer concierto —le expliqué.

—Yo estaba con él. Lo recuerdo. Está vieja y andrajosa.

—Soy un sentimental.

—Sí, cómo no.

—Mamá, es verano.

—Sí —dijo—, sí es verano.

—Otras reglas —le recordé.

—Otras reglas —repitió.

Me encantaban las otras reglas del verano. Mi madre las toleraba.

Extendió la mano y me pasó los dedos por el pelo.

—Prométeme que no te la pondrás mañana.

—Está bien —le dije—. Lo prometo. Pero solo si me aseguras que no la vas a meter en la secadora.

—Puede que deje que la laves tú —me sonrió—. No te ahogues.

Le devolví la sonrisa.

—Si me ahogo, no regales a mi perro.

Lo del perro era broma. No teníamos.

Mi madre. Ella entendía mi sentido del humor. Yo entendía el suyo. Nos comprendíamos en ese sentido. No es que no fuera misteriosa de alguna manera. Algo que yo entendía por completo: entendía por qué mi padre se había enamorado de ella. Por qué ella se había enamorado de mi padre era algo que todavía no me cabía en la cabeza. Una vez, cuando tenía como seis o siete años, estaba superenfadado con mi padre porque quería que jugara conmigo y él parecía distante. Era como si yo ni siquiera estuviera presente. Le pregunté a mi madre con toda mi rabia de niño: «¿Cómo te pudiste casar con ese tipo?».

Me sonrió y me pasó los dedos por el pelo. Eso siempre fue lo suyo. Me miró directamente a los ojos y me dijo con calma: «Tu padre era hermoso». Ni siquiera lo dudó.

Quería preguntarle qué le había pasado a esa belleza.